Confiad en Dios, amados hermanos, pues su causa es la nuestra, y todo lo que hemos de desear es el advenimiento de su reino. Nuestro deber es trabajar aun cuando creyéramos que nada alcanzábamos, pues que entonces del mismo Dios recibiríamos toda la recompensa.

Esta Pastoral será leída en todas las iglesias del arzobispado en el domingo inmediato á su recepción.

Dado en Santiago de Chile el 23 de abril de 1893, fiesta del Patrocinio del Señor San José.

MARIANO, Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

M. ANTONIO ROMÁN, Secretario.

PASTORAL SOBRE EL SANTO ROSARIO DE MARÍA.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

N todos los siglos se ha mirado como distintivo del fiel cristiano el amor y la confianza en la Santísima Virgen María, constituída madre nuestra al pie de la cruz. La amamos é invocamos como á verdadera madre, y, cosa notable, sólo los católicos nos creemos honrados con tal dicha, pues las sectas no sólo no veneran á la Madre de Dios sino que muchas la desconocen ó desprecian. Somos los católicos los que á cada paso la llamamos madre, y no hay pueblo sobre la tierra que no se haya creído favorecido con su predilección. Amarla y venerarla cada vez con nuevo entusiasmo, es una necesidad de nuestro corazón; y por eso aun los que han naufragado en el mar de las pasiones humanas, conservan la devoción á la Santísima Virgen como un resto de los días de fervor y de inocencia, y no pocas veces es ese el único vínculo que los liga á la religión, cual tabla salvadora en el naufragio. Cuando nada conmueve al moribundo, el recuerdo de su santa Madre lo enternece y le arranca lágrimas de contrición y arrepentimiento.

Y así como el hijo acude á su madre en toda angustia, la Iglesia católica en todas las tribulaciones acude á María con filial confianza, invocándola como estrella del mar, refugio de los pecadores y salud de los enfermos. Sabe la Iglesia que es María la que en todos los siglos ha de quebrantar con su pie la cabeza de la orgullosa serpiente, y que es ella la que ha de dar muerte á todos los errores en el mundo.

La Iglesia la invoca como á su natural protectora, pues la Iglesia católica es por excelencia la obra predilecta de Jesucristo, fundada al precio de su sangre, y á medida que la persecución arrecia, cuando es más cruda la tormenta que azota su nave, mayor es el empeño de los pilotos que la gobiernan para interesar en su favor la protección de aquella que con tanta razón es llamada *Auxilio de los cristianos*.

Pocas veces ha visto la Iglesia levantarse contra ella enemigos más formidables que los de la época que atravesamos. El siglo que termina parece intentar morir impenitente, divorciado de Dios y enemigo de su Iglesia. La política anticristiana domina por todas partes y ningún poder social se pone de pie para defender al Vicario de Jesucristo. La Iglesia está entregada á sus propias fuerzas, abandonada del brazo secular que en otros tiempos la amparaba.

Ha llegado el cumplimiento exacto de la profecía: Coligáronse los reyes de la tierra, y se han confederado los principes contra el Señor y su Cristo¹. Pero al mismo tiempo y para nuestro consuelo, en ningún siglo se había visto mayor confianza en la protección salvadora de María ni manifestaciones más espléndidas de amor y de confianza filial. El ejemplo nos viene ante todo del Vaticano. Los dos últimos Papas se han distinguido por el empeño en honrarla y por la solicitud con que han procurado que sea invocada por el pueblo cristiano. Pío IX, de santa y

feliz memoria, acrecentó la gloria de María declarando dogma de fe su Concepción Inmaculada. León XIII, el glorioso Pontífice reinante, ha procurado desde el comienzo de su pontificado extender y consolidar la piadosa y tierna devoción del Santísimo Rosario, en la confianza de que esta universal invocación á la Reina del cielo atraerá sobre la Iglesia especiales auxilios y apresurará la hora anhelada de su triunfo.

Á los importantes documentos con que año por año ha recomendado esta hermosa práctica inspirada por la Santísima Virgen María, hay que agregar la reciente Encíclica Lætitiæ sanctæ expedida el ocho de septiembre último. En ella se renuevan los encargos de practicar la saludable devoción del Rosario como la oración más acomodada á las necesidades morales y sociales de nuestro siglo.

Así como el enviado del Señor saludó á María llena de gracia y bendita entre todas las mujeres, así la raza humaña repite en todas partes y con una devoción siempre en aumento la salutación angélica que, del fondo de este valle de lágrimas, sube hacia la triunfante Reina del cielo. Es, pues, el Rosario una oración concisa y rica de sentido, que abraza en pocas palabras los misterios de la fe y los hechos principales de la historia de la Redención. Á la vez, con estos piadosos recuerdos se forma una corona de rosas vivas para deponer á los pies de la santa Madre de Dios cual signo sensible del respeto y de la ternura filial de los cristianos.

Al publicar oficialmente la Encíclica del Santo Padre sobre el Rosario, rogamos á nuestros diocesanos practiquen con fidelidad las recomendaciones del Padre de nuestras almas. Ardientemente deseamos se restablezca entre nosotros la antigua y piadosa costumbre de rezar el Rosario en familia cada día. ¿Quién no recuerda aquellos felices tiempos en que á las oraciones todos los hijos, bajo la presiden-

a lylesia católica en tedas las tribulaciones a.c., comas interna

cia de su padre, repetían las alabanzas de María? ¡Cómo subía al cielo esa tierna plegaria recompensada con las maternales bendiciones de María! Nuestra diócesis se ha glorificado con la oración del Rosario, que es el salterio de las alabanzas, de los dolores y de las glorias de la Virgen Santísima, y á esta cadena de su amor maternal deseamos asirnos juntamente con nuestros diocesanos para no perecer en el naufragio que á todos espanta.

Encargamos á nuestros amados cooperadores en el sagrado ministerio que recomienden constantemente á los fieles esta devoción sagrada, enseñándoles la manera de rezarla y explicándoles su importancia, para que, como en otros tiempos, sea una necesidad imperiosa en los hogares chilenos.

La Encíclica del Santo Padre, como esta nuestra Pastoral, será leída á los fieles en todas las iglesias de nuestra diócesis.

Dado en Santiago de Chile el día ocho de diciembre de mil ochocientos noventa y tres.

MARIANO, Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

M. ANTONIO ROMÁN, Secretario.

PASTORAL SOBRE LA PRENSA IRRELIGIOSA.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

NTRE los motivos de angustia que afligen nuestro ministerio pastoral, el más grave y doloroso es el increíble desbordamiento de la prensa irreligiosa. Una emulación espantosa se ha apoderado de los enemigos de la religión para atacarla en sus dogmas, en sus preceptos, en sus sacramentos y en su culto, empeñándose por atraer sobre sus ministros el odio y el desprecio del pueblo. Pasaron ya aquellos tiempos en que los diarios irreligiosos eran raros en Chile, y en que sus redactores procuraban velar sus ataques bajo formas comedidas y respetuosas de la moral. Ese respeto, exigido á lo menos por la educación, ha desaparecido por completo en esas publicaciones que se esparcen en la capital y demás ciudades de la República con una profusión nunca vista entre nosotros. En ellas no hay reputación que no se manche con la detracción, no hay honra que no se dilacere con la calumnia, ni fama bien adquirida que no padezca detrimento, así de los ministros de la religión como de las personas más respetables que militan en las filas de los hombres de fe; y esto no sólo en esas hojas anónimas que son generalmente despreciadas, sino hasta en diarios que presumen de serios